

El sur

Voy por caminos del sur.
Ya no cabe ir más allá
porque he alcanzado la orilla
donde muere el continente.

Altivos acantilados,
atalayas del Estrecho,
playas que semejan conchas
o se tienden infinitas,
perezosas, bajo el sol,
enamorando mareas.
De Trafalgar a Tarifa,
la costa es sueño y certeza.

Aquí la mar es esquina
donde se cruzan los vientos.
Remolinos de levante
elevan entre las dunas
fugaces velos de raso.
Marchan montañas de arena
sobre los bosques de pinos,
con amor tan posesivo
que los sepultan y secan.

La primavera andaluza
estalla en luz y colores.
Nieve del jaral en flor,
encarnadas amapolas,
adormidera amarilla,
morado de la lavanda...
El verde viste los campos,
de acero azul es el cielo
y allá en lo más alto el sol
pinta oro en los reflejos.

Encima de la almadraba,
roja de sangre de atunes,
las gaviotas vuelan bajo.
Voces de júbilo y duelo,
sus gritos son puro llanto.
Flotando sobre olas grises
algún barquito velero
va dibujando la línea
quebrada de un pensamiento.

Destellan los pueblos blancos
de cal, salitre y sosiego,
al mismo borde del agua
o trepando por los cerros.
Son sabios por ser antiguos,
estóicos por experiencia.
Observan sin inmutarse
el tráfico de los buques

que pasan por el Estrecho,
saben que el mar fue camino
desde el principio del tiempo.

A lo largo de los siglos,
hicieron suyas costumbres
de las gentes tan distintas
que arribaron a estas tierras.
Puente, frontera y testigo,
enseñan las cicatrices
de mil batallas sangrientas.
Son fruto de tanta mezcla,
de tanto contrario unido,
que solo por ser de todos
lograron ser ellos mismos.

Marciales torres vigía
escrutan el otro lado.
África es un territorio
incierto ante nuestros ojos,
un misterio insinuado
entre la bruma marina,
una incógnita olvidada,
una pregunta intuida.

Me acerco a pisar la orilla.
Encallados en la arena
los restos de una patera
semejan brazos tendidos

desteñidos por el sol,
un saludo detenido.
Más allá queda el despojo
de lo que fuera una barca
cubierto ya de salitre,
corrompido por las aguas.
Luego otro y otro más.
Maderas desperdigadas
como semillas del mar
sembradas en tierra estéril
por la fortuna fatal.

Prosigo sobre las rocas.
Lanchones de goma negra
rajados y hechos jirones,
pedazos sueltos de tablas
varados entre las piedras.
Son desechos de arribadas,
de cien naufragios nocturnos,
secretos de mil historias.
¡Tantos sueños ignorados
se hundieron en estas costas...!

Los pinares de ribera
guardan ropas arrojadas
por viajeros clandestinos
yertas y sucias de lodo.
Huellas de gente sin nombre
de los que nunca sabremos

si completaron su viaje,
si alcanzaron su objetivo,
si la vida les dio tregua
tras enseñarles bien pronto
que no existe el paraíso.

Al menos estos llegaron.
Ahora contemplas la mar
como a un inmenso sepulcro.
Las algas, sudarios verdes,
el agua es húmedo nicho,
las olas cantan respondos
por todos los que se fueron
en un viaje sin retorno,
alimento de los peces
entre el fango de los fondos.

Voy por caminos del sur,
al frente queda el Estrecho.
¡Es tan breve la distancia
y tan extensa la herida... !
Está cayendo la tarde
y el cielo se pone rojo
de sangre de la frontera.
Mientras dos mares se abrazan,
dos continentes se alejan.